

Un fuego

Constantino Cabal

–Pos entós...

–Entós, hasta después...

Y Sidro miró a la moza con ojos muy abiertos y muy humildes; expresaba en la mirada las ternuras y las ingenuidades de su cariño, a la vez que las torpezas y las angustias de una sumisión que se le antojaba indigna. Salió de la corraliza descontento; hurgábale un resquemor de la conciencia que le acusaba de flojón y muelle. Para cumplir los caprichos de la moza y asistir a la esfoyaza, tenía Sidro que escaparse como un ladrón cuando su madre durmiera, y tenía que abandonarla en la casona, sin más compañía que la del perro. Esto le repugnaba y le dolía, porque aquella pasión salvaje que le mordía el espíritu podía cegar sus ojos, y mortificar sus nervios, pero no oscurecía su bondad. Y mientras recorrió la callejuela, fue Sidro en lucha tenaz, ansioso de volver a la moza para pedirle perdón si no acudía a la noche y ansioso de convencerse de que su madre no se enteraría, aunque la dejara sola.

La casona de Sidro era la gala de Seguenco: la corona de su puerta aún descubría que había sido escudo y aún entre los tenantes destrozados quedaban reliquias del blasón de una familia guerrera. En la casona de Sidro debió de arrastrar su majestad una serie de señores que en los tiempos de sosiego cuidaban de sus tierras labrantías, y en los tiempos de combate acaudillaban siervos valerosos. El mozo entró... Su madre hacía calceta junto al llar. En la pieza ancha y oscura, que los trazos, del velón salpicaban de temblores luminosos, su madre parecía un bulto más, confuso e insignificante; porque la madre de Sidro era una pobre viejecita a quien habían atormentado el alma y consumido la carne, muchas penas, muchas lágrimas y muchos sacrificios. Su vida se reducía a recorrer la casa solariega, que antaño se adornaba con blasones y que ahora encerraba en sus paredes mucho frío, hosco silencio y brava soledad. Antaño, había sido cariñosa con los hombres y amable con las mujeres. Hogaño estaba llena de miseria, odiaba el bullicio, y respiraba rencor. La madre de Sidro era una sombra; la casa parecía amar las sombras: pero a pesar de amarla y de comprenderla, la casa la aojaba hurañamente, y levantaba sobre ella una amenaza terrible.

Sidro se acurrucó en la banca. En el llar chispearon algunos ramos, y la sombra se detuvo; y lenta, dulce, cariñosamente, comenzó en preguntar con palabras mimosas y cantarinas:

–Quiés la lleche...? ¿Apúrroti la borona...?

Y después:

–Ya ties focicu...? ¿Ya non tas bien...? ¿Ya pisasti mala herba...?

Y la sombra se recogió en un rincón, y dejó resbalar dolientemente sus palabras y quejumbres:

—Tú, fiu, de mi alma, yes asín... siempre el mesmu. Tu no quiés facer casu de tu madre, y esa mozona, fiu, esa mozona va a ser tu perdición...

Sidro lo reconocía: la moza no era buena; en Seguenco tenía mala fama. Sus pasos por la villa habían sido resbalosos; su conducta en la aldea, escandalosa. Sidro estaba convencido de que los sentimientos de la moza nada sano guardaban para él. Le atraía, le llamaba, le esclavizaba a su antojo, pero no por amor ni por ternura: le esclavizaba a su antojo, porque la casa de Sidro hablaba de riquezas y de noblezas, y porque aquella sombra vacilante que recorría la casa, le decía a su hijo con angustia:

—Esa mozona va a ser tu perdición...

Sidro lo sabía todo; no respondía a su madre. Y se reconcomía y se atormentaba cuando oía aquel rosario de sus quejas. Pero el amor a la moza se le había metido tan adentro que no encontraba modo de arrancárselo...

No cenó: Retiróse a su cuartucho. Debajo del cuartucho estaba el pajar: debajo del pajar, la corraliza. La sombra masculló penosamente:

—¡Ay, Dios mío...!

La casona enmudeció. La noche descendió entre la niebla de las alturas próximas. Sidro oyó a su madre recogerse, y bajó, sin darse cuenta, como si el deseo le arrastrara. Iría a la esfoyaza y volvería en cuanto le dijera a la moza que estaba cansado de aquella esclavitud: porque él no había heredado las riquezas fastuosas de los caballeros antepasados, suyos: pero había heredado su dignidad; y aquello que la moza le pedía y su pasión concedía, algo debía tener de criminal, cuando de aquel modo le torturaba la conciencia.

Sidro salió, escuchó, dio una vuelta a la casona. Se detuvo debajo de su cuarto, casi a la misma puerta del corral, donde resoplaba un buey y vaheaba voluptuosamente la hierba. A Sidro le pareció que llegaba a él un cantar, a través del silencio de la noche. Y siguió quieto, dudoso, hasta que oyó el cantar, claro y tremulante, que se balanceaba en un hilillo de voz. Sidro encendió un cigarro, arrojó el fosforo, y metióse en la callejuela.

El fósforo, subió curvo al tragaluz del pajar, cubierto de hierbecillas. Y mientras Sidro se marchaba hacia el amor, las hierbecillas ardieron, formaron una lengua con sus llamas, y corrieron pajar adentro. Y cuando Sidro llegaba a la esfoyaza, donde cantaba la moza, donde reían los mozos; donde se amontonaban las panojas como barras de oro, el pajar de la casona reventaba en un incendio, coronábase de llamas, deshacíase en chispas, y mugía sordamente, como si ocultara dentro una corriente de aire huracanado.

Primero, fue el calor, luego el ruido, luego el espanto, lo que sintió la sombra del casón; salió a la calle, trémula y ronca...Acudieron unos hombres, se corrió, se gritó... mientras el fuego lo envolvía todo, caían al corral las maderas encendidas, y rebramaban las vacas, sofocadas por el humo y abrasadas por el fuego...La sombra del casón miro a todas partes con ojos espantados. Aquél clamor escapóse de sus entrañas:

—¡Ay, mi fiu... ay mi fiu de mi vida...!

Entró a buscar a su hijo cuyo cuarto era techo del pajar. El humo la envolvió; las llamas, locas y vibrantes, parecieron abrirse delante de ella, dejarle el paso libre y aprisionarla después. Y sobre aquel crujir de las maderas, aquel estallar de la paja, y aquel gemido del casón, que parecía comprender su suerte; y sobre el clamoreo de los hombres, se retorcía el grito de la pobre madre, que se quebraba en llantos y en angustias.

—¡Ay, mi fiu de mi alma... !

Y entonces, hubo derrumbe. La habitación de Sidro restalló; la torrentada de llamas lamió, la limó, la consumió. Y la arrojó sobre las vigas del pajar; y luego, arrojó las vigas del pajar sobre los cuchos de la corraliza. Saltó una tromba de humo polvoriento, y el grito de la sombra del casón que buscaba a su hijo de su alma, apagóse para siempre a la vez que las llamas encubrían los trozos de blasón y los pedazos de tenantes, que en la puerta de la casona hablaban de nobles estirpes y de guerreras proezas...

CABAL, Constantino Cabal, “Un fuego” en la *Revista Asturias* de La Habana, núm. 82, de 20 de febrero de 1916. Gentileza de la *Fundación Belenos*.